2. Evangelio árabe de la infancia

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Anterior al siglo V.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Siríaco.

Fuentes: Traducción árabe tomada del *Codex Orientalis 387* de la Biblioteca Laurenziana de Florencia (fechado en 1299).

El título que da nombre a este evangelio se debe al hecho de que durante mucho tiempo fue conocido solamente por su redacción árabe. Los estudios desarrollados por el sabio bolandista P. Peeters han llevado al convencimiento de que se trata de una obra originalmente siríaca. En ella se recogen elementos tomados de otros evangelios más antiguos, especialmente del Protoevangelio de Santiago *y del* Evangelio del Pseudo Tomás. *El compilador de este evangelio toma su primera parte notoriamente del* Protoevangelio de Santiago. *Para la segunda, se sirve preferentemente de los datos del* Pseudo Tomás. *Tiene, no obstante, partes originales, como los capítulos que van del 11 al 41*.

Llama la atención la anécdota del niño Jesús, que ya en la cuna revela su identidad divina y su destino en palabras dirigidas a su madre María: «Yo soy Jesús, el Hijo de Dios, el Logos, a quien tú has dado a luz, como el ángel Gabriel te había anunciado. Mi Padre me ha enviado para la salvación del mundo» (1, 2). La Virgen María ocupa un espacio notable realizando diversos milagros mediante los pañales de Jesús y el agua usada para bañar su cuerpo. En varios capítulos aparecen personajes que luego forman parte de la historia evangélica. Así aparecen en el relato los dos ladrones crucificados con Jesús (33), Tomás el Mellizo (30), Judas Iscariote (35), Simón el cananeo (42), etc.

P. Peeters explica así el origen y las características de esta obra: «Al principio existió un libro original (quizás anterior al siglo V) donde se narraban en forma dramática algunos episodios de la infancia de Cristo después de la vuelta de Egipto en un tono novelístico y legendario. Esta obra debió de ser la fuente de las redacciones siríaca, griega, latina, georgiana y eslava del Pseudo Tomás. *Posteriormente, este texto hipotético inicial se mezcla con el* Protoevangelio *para hilvanar una historia completa de los primeros años de la vida de Jesús. Esta amalgama cae en manos de un compilador siríaco que la elabora de nuevo novelísticamente, y así viene a introducirse en Armenia hacia el siglo VI. Esta compilación vino a cristalizar, finalmente, en la forma actual del* Evangelio armenio de la Infancia. *Simultáneamente, la antigua* Historia de la infancia *fue elaborada por otro compilador siríaco, quien insertó en ella una serie de milagros de la Virgen. Esta elaboración fue sucesivamente traducida al árabe y se le añadió un ejemplar del* Pseudo Tomás. *El conjunto dio por resultado lo que ahora conocemos como* Evangelio árabe de la Infancia, *cuyo original siríaco fue englobado en una vasta rapsodia sobre la vida de la Virgen»*[487].

Ofrecemos dos textos de este evangelio. El primero, el del manu scrito Codex Orientalis 387 *de la Biblioteca Laurenziana de Florencia (fechado en 1299); el segundo, de C. Tischendorf,* Evangelia Apocrypha, *Lipsiae* [2] *1876, 181-209 (reeditada en 1966 Hildesheim), en versión latina literal, en cuerpo de letra menor y con sus capítulos numerados en romanos, cuando ofrece alguna variante que pudiera ser interesante.*

* * *

En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso

Con la ayuda y el favor del Altísimo empezamos a escribir el libro de los milagros de nuestro Señor, Dueño y Salvador Jesucristo, que tiene el título de *Evangelio de la Infancia*. En la paz del Señor. Amén.

1 En la época del profeta Moisés, la paz sea sobre él, había un hombre llamado Zoroastro que poseía la ciencia de la profecía. Un día que estaba sentado en casa de un discípulo enseñando dicha ciencia, dijo durante su explicación: «La Virgen concebirá sin conocer varón, parirá sin perder el marchamo de su pureza y el pueblo se regocijará con este anuncio en las siete partes de la tierra. Los judíos lo crucificarán en la ciudad santa que construyó Melquisedec, resucitará de entre los muertos y subirá al cielo. Como señal de su nacimiento, contemplaréis en Oriente una estrella más brillante que la luz del sol y los astros del cielo, porque no es una estrella, sino un ángel de Dios. Cuando la hayáis visto, poneos en marcha hacia Belén, postraos ante el rey nacido y presentadle ofrendas; la estrella os guiará hasta él». Estas palabras eran una profecía: el metropolita[488]. Josué hijo de Nun dijo que este Zoroastro era el astrólogo Balaán cuyo profecía se cumpliría al final de los tiempos.

I [1] Encontramos lo que sigue en el libro del sumo sacerdote Josefo, que vivió en el tiempo de Cristo. Algunos creen que se trata de Caifás.

[2] Cuenta que Jesús habló realmente cuando se encontraba reclinado en la cuna y que dijo a su madre: «Yo soy Jesús, el Hijo de Dios, el Logos, a quien tú has dado a luz, como el ángel Gabriel te había anunciado. Mi Padre me ha enviado para la salvación del mundo».

Nacimiento de Jesús en Belén

2 En el año 304 de la era de Alejandro, Augusto ordenó que todo hombre se empadronase en su localidad. José tomó a su desposada, María, y se fue a Belén para empadronarse junto a su familia en su pueblo natal. En el camino, José vio que María presentaba un semblante triste y alegre al mismo tiempo, y le preguntó: «¿Por qué te veo a la vez afligida y contenta?». Ella respondió: «Tengo dos visiones diferentes y maravillosas: veo al pueblo de Israel triste y lloroso, como el ciego que ante el sol no disfruta de su luz. Y veo a los pueblos de occidente instalados en las tinieblas: sobre ellos se hace la luz y, felices, conversan como un ciego al que se le han abierto los ojos».

Cuando se acercaban a Belén, María le dijo a José: «Ha llegado el momento del

alumbramiento y no puedo continuar la marcha hasta el pueblo: entremos en esta gruta». Esto sucedió a la puesta del sol. Entonces José fue a buscarle una mujer que la asistiera. Ocupado en este cometido, vio a una anciana hebrea de Jerusalén y le dijo: «Bendita seas; ven y entra en esta cueva, pues hay en ella una mujer que quiere dar a luz».

II [1] En el año 309 de la era de Alejandro, publicó Augusto un edicto ordenando que cada ciudadano fuera a empadronarse en su lugar de origen. José, pues, se levantó, tomó a María su esposa y, pasando por Jerusalén, llegó a Belén para empadronarse con su familia en su ciudad de origen.

[2] Al llegar a una cueva, María dijo a José que el momento del parto era inminente y que no podría llegar hasta la ciudad. «Así es que —dijo— entremos en esta cueva». Sucedía esto hacia la puesta del sol. José salió a toda prisa para ir en busca de una mujer que la asistiera. Estando en ello, vio a una anciana mujer hebrea de Jerusalén, a quien dijo: «Ven acá, buena mujer, entra en esta cueva, donde hay una doncella a punto de dar a luz».

La comadrona

3 La anciana llegó con José a la cueva cuando el sol ya se había puesto. Entraron ambos y la encontraron llena de una luz más resplandeciente que las lámparas y los candiles, como si fuera la luz del sol. Un Niño en pañales y acostado en el pesebre era amamantado por su madre María.

III [1] Ya se había puesto el sol cuando la anciana mujer, en compañía de José, llegó a la cueva. Los dos entraron en ella. Y he aquí que todo estaba iluminado con resplandores más hermosos que el destello de las lámparas y las antorchas, y más brillantes que la luz del sol. Un niño, envuelto en pañales y reclinado en un pesebre, estaba mamando del pecho de su madre, María.

[2] Estando los dos admirados por esta luz, preguntó la mujer anciana a María: «¿Eres tú la madre de este niño?». Cuando María respondió afirmativamente, la anciana le dijo: «Pues tú no eres en absoluto como las demás hijas de Eva». María replicó: «Así como mi hijo no tiene igual entre los demás niños, su madre no tiene igual entre las mujeres». La anciana le dijo: «Señora mía, he venido para conseguir alguna recompensa; pues desde hace bastante tiempo estoy aquejada de parálisis». Le dijo nuestra dueña y señora María: «Pon tus manos sobre el niño». En cuanto la anciana hizo esto, quedó inmediatamente curada. Entonces se marchó diciendo: «De ahora en adelante seré criada y sierva de este niño todos los días de mi vida».

Los pastores

4 Mientras estaban maravillados con aquella luz, llegaron unos pastores, encendieron fuego y se alegraron con gran júbilo. Se les apareció un ejército celestial alabando y ensalzando al Dios altísimo, y los pastores se unieron a ellos. De este modo, la cueva parecía en aquel momento el templo supremo, porque las bocas celestes y las lenguas terrestres glorificaban y enaltecían la natividad del señor Jesucristo.

Cuando la anciana hebrea vio todas esas maravillas evidentes, alabó al Dios altísimo de esta manera: «Doy gracias a Dios, el Dios de Israel, porque mis ojos han visto el nacimiento del Redentor de Israel».

Presentación en el Templo

5 Cuando Jesús nació en Belén de Judea durante el reinado de Herodes, vinieron los magos de Oriente a Jerusalén, tal y como había profetizado Zoroastro, trayendo como presentes oro, mirra e incienso. Algunos sostenían que eran tres, al igual que las ofrendas, mientras que otros aseguraban que eran doce hijos de reyes. Otros dijeron que diez de estirpe real, acompañados por un séquito de mil doscientos hombres. Cuando llegaron a la cueva y entraron, encontraron a José y a María con el Niño en pañales, acostado en el pesebre. Inmediatamente se prosternaron ante él, le dieron los regalos y, al conocer la historia de José y María, se maravillaron porque habían puesto sus coronas ante él y lo habían adorado sin tener la certeza de quién era. Les preguntaron: «¿Quiénes sois y de dónde venís?». A lo que respondieron: «Somos persas y por eso hemos venido». Entonces, María tomó uno de aquellos pañales, se lo dio a cambio y lo aceptaron de la mejor de las maneras. La noche del jueves siguiente a la natividad, se les apareció a los persas el ángel semejante a una estrella que les había servido de guía y se orientaron siguiendo el rastro de su luz hasta que llegaron a su tierra.

Los magos

IV Sucedió que, cuando el Señor Jesús nació en Belén de Judea en el tiempo del rey Herodes, unos magos llegaron desde el Oriente a Jerusalén como Zoroastro había predicho. Traían consigo como regalos oro, incienso y mirra. Lo adoraron y le presentaron sus regalos. Entonces, María tomó uno de los pañales y se lo entregó como correspondencia dada su escasez de medios. Ellos lo aceptaron de sus manos con las mayores muestras de honor. En la misma hora, se les apareció un ángel con la forma de aquella estrella que los había guiado por delante durante su viaje. Y se marcharon siguiendo el rastro de su luz hasta que llegaron a su propio país.

6 Salieron a su encuentro los reyes y los sacerdotes preguntándoles: ¿Qué habéis visto y hecho? ¿Cómo habéis ido y vuelto? ¿Qué habéis traído? Y les mostraron el pañal que les había dado María. Para celebrarlo hicieron una fiesta y, como era su costumbre, prendieron un fuego que adoraron y al que arrojaron el pañal que, al momento, quedó envuelto en llamas. Pero cuando el fuego se hubo extinguido, lo sacaron tal como estaba al principio, como si las llamas no lo hubiesen tocado, y empezaron a besarlo y se lo restregaban por las cabezas y los ojos, diciendo: «Ciertamente, esta es la verdad, sin duda es una obra divina, porque el fuego no puede quemarlo, ni destruirlo»; y lo depositaron con grandes honores entre sus tesoros.

7 Cuando llegó el momento de la circuncisión, al octavo día según prescribe la Ley, el Niño fue circuncidado en la misma cueva. La anciana hebrea se quedó con la piel cortada, la metió en una redoma del mejor aceite de nardo que había en la tienda de su hijo, el perfumista, y se lo confió, diciéndole: «¡Ay de ti como vendas esta redoma de

ungüento de nardo, ni aunque por ella te paguen trescientos dinares!». Esta es la redo-ma que posteriormente compró María, la pecadora, y vertió sobre la cabeza de Jesús.

Cuando el Niño tuvo diez días, lo llevaron al templo de Jerusalén, ante el Señor, y presentaron por él ofrendas de acuerdo con lo prescrito en la ley de Moisés: «*Todo varón primogénito será consagrado a Dios*». Permanecieron solo diez días en la cueva, porque en la primera noche los magos llegaron de Persia y a la segunda partieron.

8 El décimo primer día, que era sábado, cuando María subía al Niño al atrio del Templo, el viejo Simón lo vio radiante como una columna de fuego. Su madre, gozosa, lo llevaba al pecho mientras los ángeles la rodeaban entre alabanzas, como nobles ante el rey. Simón se acercó a María y, extendiendo la mano ante ella, dijo: «Ahora, mi Señor, puedes despedir a tu siervo en paz pues mis ojos han visto tu compasión[489]». También la profetisa Ana presenció aquello; dio gracias a Dios y proclamó la bienaventuranza de María.

Viaje a Egipto

9 Mas Herodes, al saber que los magos lo habían burlado y que ya no irían, llamó a los sabios, diciéndoles: «Decidme dónde nacerá el mesías», y le contestaron: «En Belén de Judea». Y cuando tramaba la muerte de Jesús, se le apareció a José un ángel del Señor, diciéndole: «Levántate, toma al Niño y a su madre, y huye a Egipto». Se levantó, pues, al canto del gallo y se puso en camino.

10 Mientras estaba cavilando en cómo sería el viaje, lo sorprendió la alborada y ya había recorrido la mitad del camino. Estaba próximo a una gran aldea en la que un genio impío habitaba en un ídolo al que el resto de ídolos y divinidades de Egipto brindaban ofrendas y votos. Había allí un imán a quien se dirigía aquel demonio cuando hablaba desde el ídolo y, luego, este se lo transmitía a los habitantes de Egipto y aledaños que acudían a él. Tenía este imán un hijo de tres años poseído de varios demonios que decía muchas cosas y que, cuando se le hacía algún reproche, se desgarraba las vestimentas y, desnudo, lanzaba piedras a la gente.

También había en aquella localidad un bimaristán[490] consagrado a aquel ídolo. Cuando José y María llegaron a la aldea, la tierra tembló y el ídolo se derrumbó con el resto de dioses. Los doctores y los sacerdotes se congregaron en torno al ídolo diciendo: «¿Qué es este temblor que ha sacudido nuestra tierra?». Respondiéndoles el ídolo: «En verdad hay un Dios oculto que tiene un hijo igual a Él y que está escondido a su lado. Al entrar en esta tierra, esta se ha puesto a temblar y a sacudirse, y por gracia de su inmensa luz se han derrumbado los dioses». Por este motivo, los egipcios fueron a buscar al imán y le pidieron opinión para hacer un dios y denominarlo «el secreto escondido».

Milagros diversos

11 Mas el hijo de aquel sacerdote, al ocurrirle lo que siempre le pasaba, entró en el bimaristán cuando José y María se encontraban allí. Al salir todo el mundo huyendo de allí, él tomó algunos pañales de Jesús que María, tras lavarlos, había tendido en la

pared y se los puso en la cabeza. Inmediatamente algunos demonios empezaron a escaparse abandonando su boca con aspecto de cuervos, otros con forma de serpientes, quedando el niño sano, por lo que se puso a loar a Dios.

Al verlo su padre ya curado, le preguntó: «¿Qué es lo que te ha pasado? ¿Cómo te has curado?, cuéntame». Y le contestó: «Me he puesto en la cabeza el pañal de un niño que se hospeda con su madre en el bimaristán, y los demonios me abandonaron y huyeron». Dijo el padre: «Tal vez, hijo mío, puede que sea el hijo de Dios que ha cruzado nuestras tierras destrozando el ídolo y destruyendo los dioses». Y así es como se cumplió la profecía que decía: «De Egipto llamé a mi hijo[491]».

12 Al enterarse José y María de lo sucedido, se asustaron y dijeron: «Cuando estábamos en la tierra de Israel, Herodes tenía intención de matar a Jesús y por eso acabó con los recién nacidos de Belén y sus alrededores. No hay duda de que ahora los egipcios, cuando se enteren de lo que le ha pasado al ídolo hecho añicos, nos quemarán vivos».

13 Salieron de allí y fueron a parar a un lugar en el que había unos ladrones que acababan de apresar y despojar a un grupo de caminantes. Los malhechores escucharon un gran alboroto, similar a la aclamación que se produce al paso del séquito de un rey cuando vuelve a su ciudad con cabalgaduras y atabales, y huyeron asustados, dejando tras de sí cuanto habían robado.

Se levantaron los cautivos, y unos a otros se soltaron los grilletes, recogieron sus bagajes y se marcharon. Cuando vieron a José y a María, les preguntaron: «¿Dónde está el rey cuyo séquito y clamores habían escuchado los asaltantes, dejándonos y liberándonos después?». A lo que José les contesto: «Vendrá tras de nosotros».

14 Llegaron a otra aldea y se encontraron con una mujer poseída que había salido por la noche con cierto propósito y, como la miró un demonio rebelde, no volvió a poder vestirse, ni había manera de hacerla permanecer en lugar cubierto. Cada vez que la aherrojaban con grillos y cadenas, los rompía y salía desnuda a campo abierto, se detenía en los cruces de caminos y en los cementerios arrojando piedras a la gente, causando así muchas calamidades a su familia.

Al verla María, se apiadó de ella y el demonio la abandonó enseguida, yéndose disgustado bajo la apariencia de un joven y diciendo: «¡Ay de ti y de tu hijo, María!». De este modo la mujer se libró de su azote, fue dueña de sí misma y, al sentir vergüenza de su desnudez, retornó a casa de su familia ocultándose de la gente y vistió sus ropas. Después contó el suceso a su padre y su familia que, al ser los notables de la aldea, alojaron a José y María con la mejor hospitalidad.

15 Al día siguiente partieron bien avituallados, y por la tarde de ese mismo día llegaron a otra aldea en la que los habitantes venían de celebrar una boda. Por arte de Satanás el lapidado y de la hechicería, la novia había enmudecido y no podía hablar.

Cuando la desdichada novia vio a María que entraba en la aldea llevando consigo a su

hijo, se acercó a ella, extendió su mano, saludó al Niño, lo tomó en brazos y lo besó. Entonces ascendió el aroma del cuerpecito del Niño, desatándole al instante el nudo de la lengua y abriéndole los oídos. A la sazón ensalzó a Dios por haberle devuelto la salud. Aquella tarde hubo gran júbilo, pues los aldeanos pensaban que era Dios con sus ángeles los que habían bajado hasta ellos.

16 Allí permanecieron honrados y agasajados durante tres días, hasta que dejaron la casa de los esposos. Se marcharon bien provistos de vituallas y llegaron a una aldea habitada donde se preocuparon por buscar albergue. Allí había una mujer reputada y distinguida que se había ido a lavar al río y, al ver el lugar desierto, se despojó de sus ropajes para bañarse. Entonces, apareció Satanás en forma de serpiente y, abalanzándose sobre ella, se enroscó en su vientre y, siempre que se acercaba la noche, la atormentaba: acoplaba su boca sobre la de ella y la penetraba con su cola como hace el hombre.

Esta mujer, al ver a María con el Niño en el regazo, se apasionó con toda su alma y dijo: «Dámelo que lo tome en brazos y lo bese». Así lo hizo e inmediatamente la serpiente se desenroscó, por lo que todos los presentes loaron al Dios Altísimo. Aquella mujer haría una buena obra[492].

17 Al día siguiente, aquella mujer tomó agua perfumada para lavar al Niño. Tras haberlo lavado, se valió de la misma agua para enjuagar a una joven que había allí y cuyo cuerpo estaba blanco a causa de la lepra. Al derramar el agua sobre ella, la joven se purificó, quedando sana al instante. Los paisanos no dudaron que José, María y el Niño eran dioses y no humanos. Cuando se aprestaban a partir del pueblo, se les acercó la muchacha y les suplicó si podía acompañarlos y, como consintieron, los siguió.

18 Por fin llegaron a un pueblo donde se erigía el palacio de un príncipe majestuoso que disponía de un ala para huéspedes en la que se alojaron. La muchacha se presentó ante la esposa del príncipe y, al encontrarla llorosa y desconsolada, le preguntó: «¿Por qué lloras?». Y le respondió: «Ciertamente mi dolor es enorme, pero no te voy a confesar el motivo». A lo que le dijo: «Si me lo revelas, te encontraré remedio».

Entonces repuso la mujer: «Guárdame, pues, este secreto: yo estoy casada con este príncipe que es rey y tiene muchas tierras sometidas. Estuve mucho tiempo viviendo con él sin darle descendencia, y cuando por fin le di un hijo, resultó tener la lepra y, al verlo, lo aborreció expresándome que o bien lo entregaba a una preceptora que lo criase en un país lejano donde fuese un desconocido, o bien lo mataba, y que de ningún otro modo volvería ante mí, ni siquiera para verme. Por ello me encuentro presa de la angustia. ¡Ay de mí por causa de mi hijo y de mi esposo!». La joven le respondió: «Ya he dado con el remedio para tu desgracia, así que no te entristezcas ni llores. Yo, la que te hablo, también fui leprosa y me sanó Dios a través de Jesús, hijo de María». Aquella mujer le preguntó: «¿Dónde está ese Dios al que te refieres?». Y la muchacha respondió: «Aquí mismo, está dentro de tu casa». Ella volvió a preguntar: «¿Y cómo es posible eso? ¿Dónde se encuentra?». Le contestó la muchacha: «En verdad, José, María y Jesús se alojan en tu casa». A lo que le dijo: «Explícame cómo fuiste tú curada de la lepra gracias a un niño,

según pretendes». Y le apostilló: «Su madre lo lavó con la misma agua que yo me derramé después, sanándome al instante de la lepra».

En ese momento, la esposa del príncipe se levantó, los mandó llamar para invitarlos y le ofreció a José un festín con una nutrida concurrencia de varones. Al día siguiente, tomó agua perfumada para lavar a Jesús, llevando consigo a su hijo y, después, al lavarlo con la misma agua, este se curó inmediatamente de la lepra. Entonces, tributando alabanzas y glorificaciones a Dios, dijo al Niño: «Bendita sea tu madre, que sana a sus semejantes con el agua del lavado de tu cuerpo». Después colmó a María de majestuosos regalos y la despidió con honores.

19 Llegaron a otra aldea, donde querían pernoctar y se hospedaron en la casa de un señor recién casado que no podía unirse a su mujer a causa de un maleficio. Sin embargo, cuando la Sagrada Familia entró en el hogar, el maleficio se deshizo y por eso, cuando se disponían a marchar, aquel hombre no se lo consintió sin ofrecerles antes un gran banquete.

El hombre convertido en mulo

20 Al día siguiente se pusieron en marcha. Ya en las cercanías de otra aldea, encontraron a tres mujeres que regresaban llorando del cementerio. Al verlas, María dijo a la doncella que los acompañaba: «Pregúntales cuál es su desdicha y qué es lo que les ha sobrevenido». Les preguntó, y ellas no quisieron responder a la muchacha, sino que a su vez inquirieron: «Y vosotros, ¿de dónde venís y adónde vais?, pues ya va a ponerse el sol». La muchacha les contestó: «Somos viajeros en busca de un sitio donde hospedarnos». Entonces ellas dijeron: «Venid con nosotras».

De este modo, se fueron con las tres mujeres y entraron en una casa nueva ricamente decorada y con muchos enseres. Era invierno. Entonces, la muchacha entró a la estancia en las que estaban las dueñas de la casa y se las encontró apesadumbradas y llorando. Allí había un mulo, que mucho se cuidaban de besar y alimentar, cubierto con una casulla de brocado y un montón de sésamo ante él. Así que dijo la doncella: «Señoras, ¿cuál es la historia de este mulo?». Y respondieron entre sollozos: «Este mulo era nuestro hermano, hijo de nuestra madre, que ves aquí. Al fallecer nuestro padre dejándonos grandes riquezas, nos propusimos casar a este hermano y celebrarle un buen casamiento, pero todas las mujeres tuvieron celos entre sí y le echaron un sortilegio.

»Una noche, mientras dormíamos con las puertas de nuestra casa y nuestros aposentos cerradas, nos encontramos, al despertar, con que habíamos perdido a nuestro hermano y que a cambio nos habían dado este mulo. Desde entonces no hemos dejado de consultar a mago alguno o encantador sobre la tierra; los hemos traído a todos, sin que haya servido de nada. Por eso, siempre que nos atormentamos, vamos con esta madre nuestra al cementerio, lloramos en la tumba de nuestro padre y volvemos».

21 Cuando la doncella hubo oído esto, les dijo: «Tened confianza en Dios, pues he dado con la curación de vuestro mal. Se encuentra entre vosotras en vuestra propia casa». Le preguntaron: «¿Y cómo es posible?». A lo que ella replicó: «Yo, que estoy ante

vosotras, era antes leprosa, pero vi a una mujer con un niño pequeño de nombre Jesús al que lavó con agua. Después tomé la lavaza y, al verterla sobre mi cuerpo, quedé curada. Sé que Él puede libraros del mal que os aflige, así que dirigíos a su madre María, hacedla venir a vuestra casa, descubridle vuestro secreto y nosotros le pediremos que interceda por vosotras».

Nada más oír las palabras de la muchacha, las mujeres fueron a buscar a María, la trajeron a su casa y se sentaron junto a ella mientras lloraban y repetían: «Señora nuestra, María, ten piedad de nosotras, pues ya no tenemos cabeza; no nos queda padre ni hermano en nuestra casa, y este mulo que ves aquí era antes nuestro hermano que ha sido encantado. Te rogamos, pues, que mires por nosotras». Entonces María se quedó muy desconsolada con lo que venía de oír, así que elevó al niño Jesús, lo montó a lomos del mulo y se echó a llorar con aquellas mujeres, diciendo: «Que la inmensa fuerza oculta que hay en ti, Jesús, hijo mío, cure a este mulo y lo convierta en el hombre que antes era».

En ese mismo instante, el mulo se transformó, adoptando la condición de hombre con aspecto de joven saludable y, junto a su madre y sus hermanas, se postró ante María, cogió al Niño en brazos y, a la vez que lo besaba, dijo: «Bendita sea tu madre, Jesús, y dichosos sean los ojos que se deleitan al verte».

22 Las dos hermanas dijeron a su madre: «En verdad, nuestro hermano se ha recuperado gracias al auxilio de esta muchacha que nos puso al corriente de la existencia de María y su Hijo. Puesto que está soltero, lo correcto es que lo casemos con ella». Le preguntaron a María por su parecer y, al darles esta su consentimiento, se pusieron a preparar las nupcias, tornándose así la tristeza en alegría y el llanto en cánticos. Y de entre sus incontables riquezas sacaron joyas y las más suntuosas galas; y se acicalaron y regocijaron cantando y salmodiando: «Jesús, hijo de David, tú eres el que torna la aflicción en júbilo».

Allí permanecieron (*José y María*) diez días, hasta que se pusieron en marcha. Aquellas gentes los acompañaron en la partida y volvieron de la despedida llorando, especialmente aquella muchacha.

Viaje de vuelta a Israel

23 Se pusieron en camino y anduvieron hasta que llegaron a una tierra desierta, de la que habían oído decir que era peligrosa. A pesar de todo, José y María decidieron atravesarla por la noche. Mientras caminaban, vieron a dos ladrones dormidos a los que previamente sus compañeros les habían confiado la vigilancia. Eran Tito y Dúmaco. Dijo el primero al segundo: «Te pido que les digas el buen camino para que pasen desapercibidos a nuestros compañeros». Y como Dúmaco rehusó hacerlo, Tito le ofreció cuarenta dinares de su dinero y le adelantó en depósito dos fajas con el fin de que su compañero no hablara y así nadie los percibiera.

Entonces María dijo a Tito: «Que la misericordia del Señor te dispense bienestar y te conceda la remisión de todos tus pecados». Estos son quienes fueron crucificados a la derecha y a la izquierda de Jesús el día de la pasión.

XXIII … [3] Desde allí marcharon hacia la ciudad de los ídolos, la cual, cuando ellos se acercaban, se convirtió en montículos de arena.

XXIV Desde allí se dirigieron hacia aquel sicomoro, que ahora se llama Matarieh. El Señor Jesús hizo brotar una fuente en la que María lavó la túnica de Jesús. Y del sudor del Señor Jesús, que ella esparció por allí, se produjo un bálsamo por toda la región[493].

XXV De allí bajaron a Menfis, vieron al Faraón y permanecieron tres años en Egipto. El Señor Jesús hizo en Egipto muchísimos milagros que no están recogidos ni en el *Evangelio de la Infancia* ni en los Evangelios completos.

24 Cuando alcanzaron los confines de la tierra de los judíos tuvieron miedo de adentrarse, pues les había llegado la noticia de que Arquelao era el rey de esos dominios después de haberlo sido Herodes, su padre.

Era admirable ver cómo el dueño de la tierra deambulaba sin rumbo como si no tuviese casa. Hasta que se le apareció el ángel y le ordenó volver a su morada en el país de los judíos.

Nuevos milagros de Jesús

25 Cuando entraron en Belén se encontraron con que sus moradores padecían enfermedades incurables y a los niños les salían pústulas, morían o quedaban ciegos.

Allí había una mujer que tenía un hijo moribundo y lo llevó a María, que se encontraba lavando a su hijo, diciéndole: «Señora mía, mi hijo sufre mucho».

María le respondió: «Que Jesús lo mire». Así, María sacó a su hijo del agua y lavó al hijo de la señora en la misma agua del lavado de Jesús. El niño se durmió y, al despertarse, ya estaba sano y restablecido. Entonces su madre lo llevó y se lo presentó a María, que le dijo: «Dale gracias a Dios, pues Él, es quien ha devuelto la salud a tu hijo».

26 Otra mujer, vecina de la anterior, cuyo hijo había quedado sano, le dijo a esta: «Mi hijo está agonizante: ha perdido la vista, no lo abandona la jaqueca y por eso se pasa el día y la noche en continuo lamento». A lo que la madre del sanado respondió: «Yo también tenía a mi hijo moribundo, próximo a la muerte y lejos de la vida. Fui a ver a María, la madre de Jesús, cogí la lavaza del cuerpo de su hijo, la vertí sobre el mío, se durmió al instante y, cuando se despertó, ya estaba sano».

Cuando la señora escuchó esto, fue premeditadamente a la hora del baño de Jesús, recuperó el agua y la derramó sobre el cuerpo y los ojos de su hijo. Inmediatamente vio que su hijo descansaba de aquello que lo asolaba y que estaba curado. Así que lo tomó en brazos, lo llevó a la presencia de María y le refirió lo ocurrido, agradeciendo a Dios su misericordia. Y María le dijo: «¡Ay de ti como pongas a alguien al corriente de esto!».

27 Había en la misma aldea dos mujeres casadas con un mismo hombre y tenían ambas un hijo varón enfermo. Una de ellas se llamaba María, y su hijo, Cleofás. Esta fue a ver a María, madre de Jesús, y le dio un bonito pañuelo, rogándole a cambio que la

compensase con uno de los pañales del Niño. Así se hizo, y la madre de Cleofás se marchó a tejer con el pañal una camisa que le puso a su hijo, sanándose este al instante y muriendo el de su rival. Por esta razón surgió entre ambas una enemistad, por morir el hijo de esta y vivir el de aquella.

Cada viernes trabajaba en casa una de la dos, y esta vez era el turno de María. Cuando encendió el horno, su hijo gateaba alrededor de ella, abrió la portilla del horno y se alejó para buscar la pasta. Cuando su rival vio el lugar vacío, aprovechó la ocasión para empujar a Cleofás dentro del horno y salió huyendo. María volvió para hornear la pasta y encontró a su hijo en el horno riéndose, pues sentía frío y el fuego no lo quemaba. María supo que su rival era quien había arrojado su hijo al fuego, así que lo cogió y lo llevó a presencia de María, la madre de Jesús, dándole cuenta del suceso. María le dijo: «Cállate y no se lo digas a nadie, pues te podrían perjudicar los rumores».

Otro día, su rival fue al pozo para traer agua. Viendo que Cleofás jugaba por el lugar y que allí no estaba más que ella, lo cogió y lo echó al pozo, volviéndose después a casa. Cuando los aldeanos se presentaron a coger agua del pozo, vieron a un niño sentado en la superficie, riéndose y jugando con el agua entre sus manos. Bajaron para sacarlo y se sorprendieron mucho. Entonces María, su madre, envuelta en lágrimas, se lo llevó a María, la madre de Jesús, y le dijo: «¿Acaso no ves, señora mía, cómo mi rival lo ha echado al pozo? ¡Seguro que terminará por matármelo!». María le replicó: «Cállate, ciertamente Dios te vengará de ella». Más tarde, la rival fue a coger agua del pozo, pero se le enredó la cuerda en los pies y cayó dentro. La sacaron con el cráneo molido, los huesos partidos y murió, cumpliéndose con ella el dicho de: «Cavaron un pozo y lo olvidaron, cayéndose después en la fosa que prepararon[494]».

XXIX [2] Acostumbraban a realizar las labores domésticas en semanas alternas. Cuando le llegó el turno a María, la madre de Cleofás, calentó el horno para cocer pan, y dejando a su hijo Cleofás al lado del horno, fue a buscar la masa que había preparado. Al ver su rival que el niño estaba solo y que el horno estaba muy caliente por el fuego que brillaba en el interior, tomó al niño y lo arrojó dentro del horno. Cuando regresó María y vio que su hijo Cleofás yacía sonriente en el horno y que el horno estaba totalmente frío como si nunca hubiera tenido fuego de cerca, se dio cuenta de que su rival lo había arrojado dentro del fuego. Lo sacó, pues, y lo llevó a donde estaba María, la madre de Jesús, y le refirió lo que había sucedido. Ella le dijo: «Guarda silencio y no cuentes a nadie el asunto, pues tengo miedo por ti si lo divulgas».

28 Otra mujer tenía dos hijos gemelos que sufrían. Uno de ellos murió y, como el otro estaba agonizante, la madre, sumida en llantos, lo llevó en presencia de María, y le dijo: «¡María, señora mía, socórreme! De dos hijos que tenía, uno ha muerto y el otro está moribundo». Y continuó diciendo, mientras elevaba al Niño en brazos: «Misericordioso eres, Señor, veraz y ecuánime, y no eres perverso; tú me diste dos hijos, y ya que me has quitado uno, déjame al menos al otro».

María se apiadó por lo amargo del lamento de la madre, diciéndole: «Reclina a tu hijo

en la cuna de Jesús y cúbrelo con los vestidos de este». Al recostar al niño en la cuna, este cerró los ojos y estuvo a un paso de morir. Pero en cuanto se hundió en ella y se envolvió con aquellos vestidos, aspirando el aire del cuerpecito puro de Jesús, abrió los ojos y se puso a llamar con grandes voces a su madre: «Madre, madre, dame el pecho». Ella se lo dio, el niño mamó, y la madre dijo a María: «Ahora reconozco que en ti está la fuerza de Dios, ya que tu hijo sana a sus semejantes con el solo contacto de sus vestimentas». Este niño es el Tomás que se menciona en el Evangelio.

XXX … [2] Aquel niño que fue curado es el que luego en el Evangelio tiene el nombre de Bartolomé.

29 Después de aquello, vino una mujer leprosa a ver a Jesús, diciendo: «¡María, señora mía, socórreme!». María le respondió: «¿Qué ayuda solicitas: oro, plata o ver tu cuerpo libre de la lepra?». Ella dijo: «¿Quién puede darme esto último?». A lo cual repuso María: «Ten un poco de paciencia hasta que mi hijo salga del agua».

Tras sacar al Niño, lo acostó en la cuna y le dijo: «Coge esta agua y viértela por tu cuerpo». Y, haciendo esto, quedó sanada y glorificó a Dios.

30 Se marchó aquella mujer tras permanecer tres días en casa de María. Cuando llegó a una aldea, encontró al hijo de un notable que había contraído matrimonio con la hija de otro personaje de su rango, pero cuando la condujeron ante él, el esposo observó la huella de la lepra, como una estrella, entre los ojos de su esposa, por lo que se deshizo la alianza y el matrimonio fue disuelto. Aquella mujer se detuvo ante los paisanos y, al encontrarlos afligidos, les dijo: «¿Cuál es la causa de vuestro llanto?». A lo que le respondieron: «Nuestro mal es demasiado nefasto como para que se lo descubramos a los demás». Y ella les dijo: «Si me decís lo que os aqueja, os daré el remedio a vuestro mal».

Como consintieron mostrándole la mota de lepra entre los ojos de la que había sido repudiada, añadió: «Yo misma, la que veis ante vosotros, era leprosa, fui a Belén de Judea y encontré a una mujer que se llama María, cuyo hijo se llama Jesús, que, al verme en aquel lastimoso estado, se apiadó de mí y me dio el agua del lavado de su hijo. La derramé por mi cuerpo y quedé sanada». Y las mujeres le dijeron: «Ponte en pie, ven con nosotras y llévanos ante María».

Obtenido su consentimiento, se marcharon cargadas de nobles regalos hasta donde estaba María que, al ver la mota de la muchacha leprosa, dijo: «Que la piedad de Jesús esté con vosotras», y se puso a enjuagar a su hijo para luego darles la lavaza. La desdichada se derramó aquella agua y se curó al instante; al mirarse la mano y descubrir que estaba sana, volvió a su casa contenta. Al llegarle a su antiguo marido la noticia de su curación y bienestar, este celebró la boda y la tomó en matrimonio por segunda vez.

31 Cuando atravesaron aquel territorio, vieron a una doncella de noble familia poseída de un demonio que a veces se le manifestaba bajo la apariencia de un dragón que quería devorarla y luego le chupaba todo el cuerpo mientras ella permanecía inmóvil como un cadáver. Cuando el demonio se acercaba, ella se echaba las manos a la cabeza y

gritaba: «Desdichada de mí, ¿es que nadie puede salvarme de este dragón?». En esos momentos, su padre y su madre, y todo aquel que la escuchaba o veía, se estremecían por su desgracia. En torno a ella se congregaban muchas voces a llorar y lamentarse, especialmente cuando clamaba entre llantos diciendo: «Hermanos y amigos, ¿acaso no hay entre vosotros quien pueda librarme de este monstruo?».

Cuando la hija del notable, aquella restablecida de la lepra, escuchó esta llamada de socorro, subió a la terraza y vio a la joven con las manos en la cabeza, llorando junto a la multitud que se agolpaba a su alrededor. Entonces preguntó a su esposo: «¿Qué le sucede a esa muchacha?». El marido la puso al tanto de todo, y ella volvió a inquirir: «¿Tiene padre, madre o hermanos?», y como el marido asintió, ella le ordenó: «Tráeme a su madre». Cuando su madre se presentó, le preguntó: «¿Es tuya esa doncella endemoniada?». Cuando la madre lo ratificó, ella continuó: «Guárdame este secreto y no lo reveles si es que quieres que se cure. Llévatela a Belén de Judea, a la aldea del rey David, y averigua dónde está la casa de María, madre de Jesús. Preséntate allí, nárrale todo lo que te ha pasado, y verás como tu hija se sanará y volveréis de allí muy contentas».

La madre partió hacia Belén en compañía de su hija, se presentó ante María y le comunicó lo sucedido. Entonces María le dio el agua del baño de su hijo y con ella lavó a la joven. Después le dio uno de los pañales de Jesús, y le dijo: «En cuanto veas a tu enemigo, sácale estos pañales».

32 Cuando se separaron de la madre de Jesús para encaminarse a su aldea, llegó la hora en la que el dragón solía visitar a la joven. Cuando la muchacha lo vio, se llenó de pánico, y su madre le dijo: «Lo mejor será que te quedes junto al agua y veas lo que te ocurre».

Entonces el dragón salió al encuentro y la joven se estremeció de pies a cabeza, pero, al acercarse a ella, vio que una flecha de fuego salía de uno de los pañales que llevaba en la cabeza y lo alcanzaba entre los ojos. Entonces, gritando, dijo entre alaridos: «¡Ay de mí por tu culpa, Jesús, hijo de María!», y se alejó sin que volviese a ser visto nunca más, por lo que la muchacha descansó, tributó agradecimientos y alabanzas a Dios, y desde entonces no volvió a tener más visiones horribles.

XXXIV … [2] Por fin, la joven descansó libre del demonio y dio alabanzas y gracias a Dios, y con ella todos los que presenciaron aquel milagro.

Judas Iscariote

33 Cuando Jesús cumplió tres años, había por allí una mujer cuyo hijo, de nombre Judas, estaba poseído. Siempre que el demonio se manifestaba en él, se ponía a magullar a todos los que se le acercaban y, si no encontraba a nadie, se mordisqueaba sus propios brazos y piernas. Al saber la madre de la existencia de Jesús y de aquellos que fueron curados con su mediación, llevó a Judas ante su presencia.

Entretanto, Santiago y José habían sacado al Niño a jugar. Al llegar, Judas se sentó a la

derecha de Jesús y, al ser atacado inmediatamente por el demonio, se puso a dar golpes y morder el flanco izquierdo de Jesús haciendo que se quejase y llorase. Pero de repente, el demonio salió huyendo de Judas bajo la forma de un perro rabioso. Este niño era Judas Iscariote, el que entregó Jesús a la muerte. La parte del cuerpo de Nuestro Señor que Judas lastimó recibiría una herida de lanza el día de la pasión.

34 Cumplió el niño Jesús siete años y estaba un día entretenido con sus compañeros haciendo figurillas de acémilas, burros y vacas con barro. Todos hacían alarde de sus propios trabajos y los retocaban, mejorándolos. Entonces dijo Jesús: «Las estatuillas que yo he hecho andarán cuando se lo ordene». Y respondió uno de los muchachos: «Entonces tú eres el hijo del Creador».

Al momento Jesús les ordenó que anduviesen, y ellas andaban. Y si les ordenaba que se fuesen, se iban, y si les ordenaba que volviesen, volvían. De la misma manera, los pájaros alzaban el vuelo si les ordenaba volar, o se posaban en su mano para comer si esas eran sus órdenes. Y todo era así; las acémilas, burros y vacas pastaban la cebada y la paja que les ponía, y bebían el agua que les daba. Aquellos niños se marcharon y contaron todo en casa, y sus padres les advirtieron: «¡Ay de vosotros como juguéis u os mezcléis con él, pues es un mago. No tratéis con él y dejad de verlo!».

35 Un día, cuando Jesús caminaba por las callejuelas de la ciudad con sus jóvenes amigos, entró en la taberna de un tintorero, de nombre Salem, donde había muchos paños de vecinos para teñir.

Jesús los cogió todos y los introdujo en una tinaja de índigo. Al llegar Salem de su casa y percatarse de que las vestimentas se habían echado a perder, puesto que quería haber teñido cada pieza de un color distinto, se enfadó con Jesús y le dijo: «Hijo de María, ¿qué has hecho? En menudo lío me has metido». Y Jesús respondió: «Cada prenda que quieras cambiar de color, yo te la cambiaré». Y enseguida se puso a darle al tintorero cada prenda del color que este le pedía. Por ello, los judíos que fueron testigos de aquel milagro loaron a Dios.

36 Hemos encontrado en el libro del sumo pontífice Josefo, que vivió en la época de Cristo y al que la gente identifica con Caifás, que Jesús hablaba estando en la cuna y que cuando solo tenía un año le dijo a su madre: «María, yo soy Jesús, el Hijo de Dios, tú me trajiste al mundo tal y como te lo anunció el ángel Gabriel. He sido enviado para salvar a la humanidad».

I [1] Encontramos lo que sigue en el libro del Sumo Sacerdote Josefo, que vivió en el tiempo de Cristo. Algunos creen que se trata de Caifás.

[2] Cuenta que Jesús habló realmente cuando se encontraba reclinado en la cuna y que dijo a su madre: «Yo soy Jesús, el Hijo de Dios, el Logos, a quien tú has dado a luz, como el ángel Gabriel te había anunciado. Mi Padre me ha enviado para la salvación del mundo».

José y Jesús carpinteros

37 Los vecinos de la ciudad hacían llamar muchas veces a José el carpintero para encargarle labores de madera, como puertas, marcos y cajas. Su hijo Jesús lo acompañaba adondequiera que fuese y siempre que José lo necesitaba para alargar, acortar, ensanchar o estrechar, ya fuera de un codo o un palmo, Jesús extendía su mano hacia el objeto y este se acoplaba a la medida, sin que José tuviese que hacer nada con sus manos. José era muy diestro en su profesión.

XXXVIII … [2] Y tan pronto como hacía este gesto, todo quedaba según el deseo de José, hasta el punto de que no necesitaba hacer nada con su mano. José, en efecto, no era muy habilidoso en cuestiones de carpintería.

38 Cierto día lo mandó llamar el rey de Jerusalén y le dijo: «Deseo que me hagas un trono que se ajuste al espacio en el que me siento». A lo que José le respondió: «Sus deseos son órdenes», y permaneció en el palacio del rey dos años hasta que finalizó el encargo. Colocó el trono en el espacio previsto y constató que le faltaban dos palmos de cada lado. El rey se enfureció con José y este no volvió a probar bocado del disgusto.

Entonces Jesús le pregunto: «¿Qué te ocurre, José?, se te ve apenado y más delgado». Y José le respondió: «Es que he echado a perder el trabajo que he estado haciéndole al rey durante dos años». Le dijo Jesús: «No te apenes ni te alarmes, más bien agarra tú de un extremo y yo del otro y repararemos lo que has echado a perder». Cooperaron para rectificarlo y el trono se ajustó a las medidas del lugar. Los presentes se asombraron por este prodigio y alabaron a Dios.

Respecto a la madera de aquel trono, era de aquella que databa de la época del rey Salomón, hijo de David, que era de gran calidad.

39 Un día que Jesús salió a la calle, viendo un grupo de chicos que jugaban, los siguió hasta que se detuvo en la puerta de una casa preguntándoles a las mujeres que allí estaban por los niños que habían entrado en aquel lugar. Ellas respondieron: «Aquí no ha entrado ningún niño». A lo que Jesús replicó: «¿Entonces quiénes son aquellos que están en el horno?». Y le respondieron: «Cabritos de dos años». Entonces exclamó Jesús: «Cabritos que estáis en el horno, venid a vuestro pastor». Al instante, los cabritos salieron brincando a su alrededor. Al ver esto, las mujeres se maravillaron a la vez que fueron presas de espanto y se aprestaron a prosternarse ante Jesús y le imploraron, diciendo: «Jesús, hijo de María, tú eres el buen pastor de Israel, ten piedad de estas mujeres que están ante ti y que no te han dicho la verdad, pero tú has venido a curar y no a extraviar».

Jesús les respondió: «No hay duda de que el pueblo de Israel es como el de los negros[495], que agarran al carnero por las extremidades para irritar de este modo al pastor». Y aquellas mujeres le dijeron: «Después de lo visto, no se te puede esconder nada ni se te puede contrariar. Solo se deben obedecer tus órdenes». Dijo, pues, Jesús: «Venga, muchachos, a jugar». Al instante, en presencia de las mujeres, de la condición de cabras tornaron a la de niños y salieron corriendo con Jesús. Desde aquel día esos niños no pudieron alejarse de él. Sus padres les indicaron que no volviesen a contradecir a Jesús, hijo de María.

Jesús ensaya su entrada en Jerusalén

40 En el mes de mayo, Jesús reunió a los niños, los puso en la calzada real y extendió por tierra sus vestimentas sentándose encima. Después trenzaron una guirnalda de flores, se la pusieron en la cabeza a modo de corona y se detuvieron delante de él, a su izquierda y a su derecha, como si fueran los chambelanes del séquito del rey. Y a todo el que transitaba por aquel camino lo llevaban ante él y le decían: «Ven a saludar al rey».

41 Pasó un grupo con un niño de quince años, de nombre Simón, que había escuchado un ruido en un árbol. Al pensar que era el polluelo de un pájaro, estiró la mano para atraparlo y le mordió una serpiente. Su familia lo llevaba a los médicos de Jerusalén por si podían curarlo; entonces los niños los detuvieron diciéndoles: «Venid a rendir homenaje a nuestro rey, ved qué quiere de vosotros y saludadlo». La familia saludó a Jesús mientras lloraban por causa del brazo de Simón, que estaba demasiado amoratado e infecto.

Este les preguntó: «¿Por qué lloráis?». Y le respondieron: «Porque este metió la mano para coger un polluelo y le mordió una serpiente». Al verlos, Jesús tuvo piedad de ellos y se acercó a coger la mano de Simón, diciéndole: «Tú serás mi discípulo». En ese mismo instante quedó sanado de su mordedura y se sintió como si nunca hubiera sido picado: este es el apóstol Simón, llamado el Cananeo, a causa del nido en el que le mordió la serpiente.

Después de esto vino un hombre de Jerusalén. Los niños lo llevaron ante Jesús y le dijeron: «Saluda a nuestro rey», y cuando Jesús lo vio, le dijo: «Dios te guarde».

Nuevos milagros

42 Unos días después los niños estaban jugando en una azotea. Al apiñarse, uno de ellos cayó, muriendo al instante. Y se dijeron los unos a los otros: «Decid que Jesús lo ha matado». Entonces detuvieron a José, a María y a Jesús por el asesinato del niño, los llevaron ante el gobernador y los niños testigos del suceso culparon a Jesús de la muerte del niño. Así que el gobernador dijo: «Ojo por ojo, diente por diente y alma por alma. Entregad a Jesús para que sea ejecutado». Jesús preguntó al juez: «Si llamo a este muerto, resucita y certifica que yo no lo he matado, ¿qué harás tú con los que han dado falso testimonio?». El gobernador le contestó: «Si tú hicieses eso, quedaría demostrada tu inocencia y su culpabilidad». Entonces dijo Jesús: «Zenón, Zenón, ¿he sido yo quien te ha empujado?». El difunto se incorporó y dijo: «Mi señor Jesús, no has sido tú quien me ha arrojado, y ni siquiera estabas presente cuando me tiraron. Los que me empujaron son: Addi, Rahbi, Wardi, Mardi y Moisés, los mismos que te han acusado de una cosa imposible». Entonces Jesús se acercó a Zenón y, al ponerlo de pie, sus enemigos se avergonzaron y su familia y amigos se alegraron, maravillándose todos los presentes y diciendo: «En verdad Dios está con este Niño. Ya veréis qué será de él». El Niño tenía doce años cuando obró este milagro.

43 Cuando Nicodemo divulgó el decreto de Herodes para matar a los niños, su madre lo cogió… (laguna).

44 … que era su cabecilla. Cuando cayó en las fauces de la muerte, las mujeres y los hombres se apenaron por él más que su madre y los vecinos sabían esto, mas lo guardaban a escondidas. Prefirieron no atenderlo ni curarlo, sino que su mano obrase un milagro del que la multitud fuese testigo y creyese en él. Aquel joven murió y su madre le preparó un sepelio en el desierto. Cuando los aldeanos acudieron a la tumba y estaban reunidas allí gentes de todos los rincones, Jesús dijo: «Poned el ataúd por tierra». Cuando lo hubieron puesto, Jesús le tomó la mano al difunto, diciéndole: «A Dios imploro: joven yaciente en el ataúd, levántate». El mancebo abrió los ojos, se levantó y Jesús lo ayudó a incorporarse entregándoselo a su madre, que se postró ante él con todos los miembros de su familia. Por la noche, pensaron que lo que había sucedido era irreal, y Jesús les dijo: «Acercad una mesa y pan, comed y regocijaos con gran alegría». Después, ellos proclamaron: «Jesús, el hijo de María, torna la desdicha en dicha». Volvieron con él a la ciudad y en todos los pueblos lo alabaron por haber sanado a muchos enfermos.

Jesús en la escuela

XLIII Otro día, José envió a su hijo Santiago a recoger leña. El Señor Jesús fue con él como compañero. Cuando llegaron al lugar donde estaba la leña y Santiago empezó a recogerla, una víbora venenosa le mordió en la mano, de modo que empezó a llorar a gritos. Entonces el Señor Jesús, al verlo en tal situación, se acercó a él y sopló en el lugar donde le había mordido la víbora. Hecho esto, quedó inmediatamente curado.

XLV [1] En una ocasión mandó María a Jesús que fuera a traer agua de la fuente. Cuando ya volvía con el agua, el cántaro, que ya estaba lleno, recibió un duro golpe y se rompió.

[2] Entonces el Señor Jesús extendió su pañuelo, recogió el agua y se la llevó a su madre. Ella quedó asombrada con ello y guardaba en su corazón todo lo que veía.

XLVI [1] Otro día estaba el Señor Jesús con otros chicos junto a un arroyo. Habían hecho pequeñas charcas. El Señor Jesús había formado doce pajarillos y los había colocado alrededor de su charca, tres en cada lado. Era día de sábado.

[2] Así pues, acercándose un judío, el hijo de Hanán, y al verlos así entretenidos, dijo enojado y con gran indignación: «¿Es que hacéis figuras de barro en día de sábado?». Y a toda prisa destruyó sus charcas. Entonces el Señor Jesús dio unas palmadas sobre los pajarillos que había hecho y ellos echaron a volar gorjeando.

[3] Entonces el hijo de Hanán se acercó también a la charca de Jesús y la deshizo a patadas, con lo que el agua que contenían se desparramó. El Señor Jesús le dijo: «Lo mismo que esta agua se ha desparramado, así también tu vida se desparramará igualmente». Al instante, aquel muchacho quedó seco.

XLVII En otra ocasión, regresaba el Señor Jesús ya tarde a casa con José. Se encontró con un muchacho, que venía corriendo en sentido contrario y dio un empujó a Jesús con tanta fuerza que lo hizo caer al suelo. Entonces el

Señor Jesús le dijo: «Así como tú me has hecho caer, así caerás tú para no levantarte más». En el mismo momento el muchacho cayó y expiró.

XLVIII

1 Había, además, en Jerusalén un hombre llamado Zaqueo que daba clases a los niños. Y dijo a José: «¿Por qué, oh José, no me traes a Jesús para que aprenda las letras?». José estuvo de acuerdo en hacerlo y contó el asunto a María. Lo llevaron, pues, a casa del maestro, quien tan pronto como vio a Jesús, escribió para él el alefato y le pidió que dijera el *álef*. Una vez que hubo dicho el *álef*, el maestro le ordenó que pronunciara la *beth*. El Señor Jesús le dijo: «Dime primero el significado de la letra *álef*, y entonces pronunciaré yo la *beth*.

2 Como el maestro lo amenazaba con azotarlo, el Señor Jesús le explicó el significado de las letras *álef* y *beth*. Y también qué figuras de la letra eran rectas, cuáles curvas, cuáles en forma de espiral, cuáles puntiagudas y cuáles no, por qué una letra iba delante de otra. Así empezó a referir y explicar muchas otras cosas, que el maestro ni había oído ni leído en libro alguno. El Señor Jesús dijo finalmente al maestro: «Escúchame mientras te hablo». Y empezó a repetir clara y distintamente *álef, beth, ghimel, daleth*, y así sucesivamente hasta la *tau*. El maestro quedó asombrado y dijo: «Pienso que este niño nació antes de Noé». Y dirigiéndose a José, le dijo: «Me has traído para que le enseñe un niño que es más instruido que todos los maestros». Dijo también a María: «Este hijo tuyo no tiene necesidad de instrucción».

XLIX

1 Más adelante lo llevaron a otro maestro distinto y más instruido, el cual, al verlo, le dijo: «Di *álef*». En cuanto dijo *álef*, el maestro le ordenó que pronunciara la *beth*. Pero el Señor Jesús le respondió diciendo: «Primero dime el significado de la letra *álef*, y entonces yo pronunciaré la *beth*. Después, cuando el maestro levantó la mano para azotarlo, la mano se le quedó seca al momento, y el maestro murió.

2 Entonces José llamó a María, y le advirtió: «De ahora en adelante, no dejaremos a Jesús salir de casa, porque todo el que se le opone, cae muerto.

L

1 Cuando llegó a la edad de doce años, lo llevaron a Jerusalén para la fiesta. Cuando la fiesta terminó, sus padres regresaron. Pero el Señor Jesús se quedó en el Templo en medio de los doctores y eruditos de Israel. Les hacía varias preguntas sobre sus conocimientos y a su vez les respondía.

2 Les preguntó: «¿De quién es hijo el Mesías?». Ellos le respondieron: «Es hijo de David». Él replicó: «¿Cómo es que en espíritu le llama su Señor cuando dice: “Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies?”» (Mt 22, 42-46).

3 De nuevo le dijo el jefe de los doctores: «¿Has leído los libros?». El Señor Jesús respondió: «No solo los libros, sino lo que en ellos se contiene». Y se puso a explicarles los libros, la Ley, los preceptos, los estatutos y los misterios contenidos en los libros de los profetas, cosas que no puede alcanzar el entendimiento de cualquier criatura. Aquel doctor

intervino diciendo: «Hasta el momento no he llegado a tal ciencia, ni siquiera a oír hablar de ella. ¿Quién pensáis que será este niño?».

LI [1] Un filósofo que estaba presente, experto en astronomía, preguntó al Señor Jesús si había estudiado esta ciencia.

[2] El Señor Jesús le respondió explicando el número de las esferas y de los cuerpos celestes, sus naturalezas y operaciones, su oposición, su aspecto triangular, cuadrangular, hexagonal, su órbita de ida y de vuelta, sus posiciones en minutos y en segundos, y otras cosas que van más allá de la razón.

LII [1] Había también entre aquella gente un filósofo muy versado en las ciencias naturales, quien preguntó al Señor Jesús si había estudiado medicina.

[2] Como respuesta, él le explicó la física, la metafísica, la hiperfísica, la hipofisica, las virtudes y los humores del cuerpo, así como sus efectos; el número de los miembros y de los huesos, de las venas, las arterias y los nervios; también los efectos del calor y de la sequedad, del frío y de la humedad y todo lo que estas cosas originan; cuál es la actuación del alma sobre el cuerpo, sus percepciones y capacidades; cuál era el funcionamiento de la facultad de hablar, de enfadarse, de desear; su conjunción y su disyunción y otras cosas que van más allá de la comprensión de cualquier criatura.

[3] Entonces se levantó aquel filósofo, adoró al Señor Jesús y dijo: «Señor, desde este momento, seré tu discípulo y tu esclavo».

LIII [1] Mientras estaban hablando unos con otros de estas y otras cosas, llegó María, la Señora, después de haber estado buscando a Jesús durante tres días en compañía de José. Ella, pues, al verlo sentado entre los doctores haciéndoles preguntas y contestándoles, le dijo: «Hijo mío, ¿por qué te has portado así con nosotros? Fíjate que tu padre y yo te hemos estado buscando con gran angustia». Pero él respondió: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabéis que yo debo estar ocupado en la casa de mi Padre?» (Lc 2, 49). Pero ellos no comprendieron las palabras que les habló. Entonces aquellos doctores preguntaron a María si aquel era su hijo. Como ella les indicó que sí lo era, ellos dijeron: «Bendita eres tú, María, porque has dado a luz a tal hijo».

[2] Regresó con ellos a Nazaret y les obedecía en todo. Su madre guardaba todas estas cosas en su corazón. Y el Señor Jesús crecía en edad, sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres (Lc 2, 52).

LIV Desde aquel día empezó a ocultar sus milagros, misterios y secretos, y a prestar atención a la Ley, hasta que cumplió los treinta años. Fue entonces cuando el Padre lo manifestó públicamente en el Jordán con aquella voz bajada del cielo: «Este es mi hijo amado, en quien tengo mis complacencias» (Mt 3, 17). El Espíritu Santo estaba presente en forma de una blanca paloma.

Jesús y Juan Bautista

45 Alguna gente partió de la ciudad de Naím a ver a Juan Bautista que estaba en el río Jordán, y le anunciaron lo siguiente: «Hemos visto cómo Jesús ha llamado a un muerto de la tumba, le ha devuelto la vida, y ahora está comiendo y bebiendo con él». Juan envío a dos de sus discípulos para preguntarle: «¿Eres tú el que viene o esperamos a otro distinto?». Jesús respondió a los discípulos de Juan: «Volved junto a Juan y decidle lo que habéis visto y oído». Y los dos discípulos fueron a informar a Juan de lo que habían hecho en Naím.

46 En el año trescientos treinta y cuatro de la era de Alejandro, el seis de febrero, Juan vio a Jesús con el ojo del alma; había ido a buscarlo, inundando el cielo y la tierra con la luz de su rostro. La luz del sol, comparada al resplandor de su semblante, era como la luz de una estrella en comparación con la luz del sol: por eso los ojos humanos no podían mirarlo. Juan se sobresaltó al ver a Jesús, que venía a ser bautizado, y se dirigió a él, diciéndole: «Señor mío, todas las criaturas te piden el perdón y la remisión de los pecados. ¿Cómo puede ser que tú me pidas a mí el bautismo y la remisión?». Jesús le contestó: «Para eso he sido enviado. He venido a cumplir la misión que me ha sido encomendada», y, dicho esto, bajó al río para ser bautizado. Al abrirse las puertas del cielo, Juan vio al Espíritu Santo descender en forma de paloma y escuchó la voz del Padre que decía desde lo alto: «Este es mi hijo bienamado, mi predilecto, así que escuchadlo[496]». Entonces todos los presentes quedaron llenos de espanto y Jesús salió del agua ordenando a los discípulos que se bautizasen.

Boda en Caná de Galilea

47 Tres días después del bautismo había un convite en Caná de Galilea[497] al que Jesús, sus discípulos y su madre habían sido invitados. Como eran tantos y el vino comenzaba a escasear, la madre, confiada en el poder de Jesús, dijo: «Hijo mío, Jesús, la gente ya no tiene vino». Jesús se excusó: «¿Cómo lo podíamos saber tú y yo, madre, si acaba de terminarse ahora?». Al oír esto, la madre ordenó a los sirvientes: «Haced lo que os ordene». Entonces Jesús les pidió que llenasen seis tinajas de agua hasta rebosar, y dijo: «Ahora cogedlas y servid a todos los asistentes al banquete». Cuando hubieron escanciado buen y sabroso vino a todos los convidados, Jesús hizo llamar al novio, y le dijo: «Todo los presentes han acudido primero al vino más delicioso, pero como se han emborrachado y ya no queda, habrá que darles del otro». A lo que el esposo respondió: «No sé de qué otro vino hablas, ni de dónde viene». Entonces los presentes dijeron: «Con toda razón ha respondido que no sabe de dónde procede el otro vino». Mas el copero, que venía de atender a los últimos en ser servidos, intervino diciendo: «Es agua que el hijo de María ha cambiado en vino». En ese momento, todos los presentes alabaron a Jesús por su primer milagro después del bautismo.

48 En el vigésimo primer día del mes de enero, Jesús abandonó Caná y marchó a combatir al demonio[498]. Cuando llevaba diez días de ayuno, vino el demonio a tentarlo con comida deliciosa, diciéndole: «Si estás hambriento, convierte estas piedras en pan y come, alivia el sufrimiento de tu apetito como hiciste cuando cambiaste

el agua en vino». Mas Jesús le respondió: «No solo de pan vive el hombre, sino de todas las palabras que salen de la boca de Dios», y el demonio y su ejército se quedaron perplejos. El primer día de febrero, a la mitad del ayuno, se presentó el demonio para combatir de nuevo a Jesús y tentarlo con el amor a los bienes terrenales, diciéndole: «La tierra y los bienes terrenales me han sido entregados, y a ti te los entregaré, si te postras ante mí». Y Jesús le dijo: «Está escrito: *Póstrate solo ante Dios y solo a Él sirve*». El demonio y sus ejércitos se avergonzaron cuando los derrotó por segunda vez.

Otros episodios de la vida pública de Jesús

49 «… Yo soy inocente de su sangre, pues él no fue responsable de sus propios actos[499]». Montaron un gran tumulto que forzó la entrega de Jesús y testificaron que merecía ser condenado a muerte. De esta forma ellos, sus hijos y los hijos de sus hijos asumían la responsabilidad de su sangre. El viernes treinta del mes de marzo, a las nueve de la mañana, lo crucificaron en un tronco junto a dos ladrones: uno de ellos a la derecha y el otro a la izquierda. En el momento de la puesta del sol, José acudió a Pilato y le pidió el cuerpo de su hijo. Este lo complació y se lo entregó; entonces José lo envolvió en un sudario nuevo y lo perfumó con mirra y áloe: la mirra era la que le habían ofrecido los magos cuando nació y que desde entonces María había guardado para la ocasión. José lo ungió, lo amortajó y lo bajó a una tumba nueva que tenía cavada en su jardín.

Más tarde, los sacerdotes y fariseos se presentaron ante Pilato y le dijeron: «Señor nuestro, este hechicero Jesús, el crucificado, bien merecía la muerte por las falsedades que se atribuía a sí mismo. La primera de ellas fue su desacato a la ley de Moisés, y tú sabes que Dios habló a Moisés. La segunda es que se proclamó a sí mismo Dios, y la tercera, que dijo de sí mismo “Seré rey”; así que nosotros, por ti y por tu causa, lo hemos ejecutado. No contento con esto, y aún en vida, dijo a sus discípulos: “A los tres días resucitaré de entre los muertos”. Por eso, ahora es necesario que ordenes que se monte una guardia que vigile su sepulcro y que ese José, que lo ha educado y criado, sea esposado y encarcelado hasta que transcurran tres días para que no vaya con los discípulos a robar el cadáver por la noche y se pongan a divulgar la noticia de su resurrección de entre los muertos, haciendo así que su última aparición sea peor que la primera».

A lo que Pilato respondió: «Yo estoy libre de toda culpa en relación a la sangre de Jesús, el hijo de María». Ellos replicaron: «Su sangre pesará para siempre sobre nosotros y sobre nuestros hijos». Entonces Pilato sentenció: «Si vosotros cargáis con esa responsabilidad, su cuidado está a vuestra disposición. Marchad y vigilad tal y como deseáis». Salieron, pues, acompañados por los hombres y guardias de Pilato y apresaron a José. Tras ponerle grillos y cadenas, lo encarcelaron a él solo en una casa cuya vigilancia, tras cerrar y atrancar las puertas, fue confiada a setenta custodios. Después sellaron el sepulcro de Jesús dejando allí también setenta guardianes para vigilarlo. Luego deliberaron sobre José, diciéndose: «¿Y si lo matásemos el domingo por la mañana secretamente en la cárcel?». Sin percatarse de que estos hechos serían el origen de sus desavenencias posteriores. Al instante formaron dos grupos: los sacerdotes, fariseos, judíos y saduceos guardarían la tumba; los escribas y fariseos (*sic*)[500] custodiarían la

prisión de los judíos.

Resurrección

50 Durante la cuarta guardia de la noche del primero de abril hubo un temblor de tierra enorme y los ángeles se posaron en hileras junto al sepulcro de Jesús, como los nobles se forman ante el rey. Luego, Gabriel bajó del cielo como un relámpago, quedando los vigilantes muertos de miedo. Y al resucitar Jesús y salir del sepulcro, todos los ángeles se prosternaron ante él, agradeciéndole su resurrección para salvar a la humanidad y la victoria obtenida por su favor para anunciar la buena nueva. Viendo esto, los guardianes se apartaron dejando intactos los precintos y las cadenas. Entonces Jesús se dirigió a José, que se elevaba unos quince codos sobre el suelo y había atravesado por el aire las puertas afianzadas con cerrojos, y se tocaron. A José, erguido sobre una roca alta y maravillado por ver a Jesús semejante al sol, se le cayeron al suelo los grilletes y las esposas.

Entretanto, los guardias escuchaban cómo Jesús le dijo: «José, ve a Ramá, a tu tálamo». Cuando ambos desaparecieron ante sus ojos, los vigilantes entraron en la casa y comprobaron que estaba igual que antes y que los precintos estaban tal y como los habían dejado. Sorprendidos de que Jesús caminara por los alrededores, se dijeron para sí mismos: «No hay sombra de duda; Jesús es el Mesías esperado que ha vuelto al jardín. Vayámonos, pues, a la ciudad. A nuestra forma de ver, de nada sirve custodiar un sepulcro vacío mientras el confinado camina libre por el jardín». Sin embargo, cuando se disponían a regresar a la ciudad, algunos dijeron: «Será mejor que seamos pacientes y esperemos una hora más a ver qué ocurre».

He aquí que algunas mujeres ya se acercaban al lugar: María, la madre de Jesús; María, la madre de Cleofás; María, la hermana de Lázaro; María, la esposa de José, que había llegado antes que María, la madre de Jesús; María, madre de los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, y Frusa, la hermana de Juan el menor. En cuanto Jesús las vio, salió a su encuentro, y ellas, creyendo que era el jardinero, le preguntaron: «Señor, ¿qué han hecho los guardias con Jesús?». Les respondió Jesús: «Que la paz sea con vosotras. No os asustéis, pero yo soy Jesús que he resucitado de entre los muertos tal como os prometí. Poneos en marcha y decid a mis hermanos y discípulos que vayan a Galilea donde yo os precederé y allí todos me veréis». Y aquellas mujeres, alegres, sonrientes y jubilosas por haber visto aquello y escuchado las palabras de Jesús, decidieron volver con los discípulos. Abandonaron el sepulcro y entraron maravilladas en la ciudad, proclamando: «En verdad, este Jesús hijo de María es el mesías esperado por el mundo».

51 El domingo por la mañana se reunieron los sacerdotes, los fariseos, los judíos y los saduceos. Una vez congregados, los sacerdotes, acercándose a los judíos y saduceos, les expresaron de este modo la situación de Jesús: «Está en el jardín». A lo que los fariseos y los escribas respondieron: «Hemos sabido que habéis aceptado un soborno de los seguidores de Jesús para entregarles a cambio su cuerpo; después, os habéis puesto todos de acuerdo para decir que Jesús resucitó, pero esto es inadmisible y nosotros

sabemos qué es lo que merecéis. Merecéis, tras recibir fuertes azotes y un castigo severo, ser entregados a la justicia para dar cuenta del soborno que habéis recibido; porque vosotros, judíos y saduceos, erais los guardianes del sepulcro». Entonces los escribas y los fariseos, sabedores de que José también había salido de la cárcel, dijeron: «Entregadnos a José tal cual os lo entregamos para que os entreguemos el cuerpo de Jesús que nos entregasteis». Los escribas y fariseos contestaron: «José está en Ramá», y los judíos y saduceos dijeron: «Y Jesús, en Galilea», y añadieron: «Vosotros nos habéis acusado de haber recibido un soborno y de haber entregado a cambio el cuerpo de Jesús a sus seguidores. En cuanto a vosotros, ¿quién os ha quitado a José después de que os lo confiásemos esposado? Dadnos al hombre vivo para que os demos al hombre asesinado, crucificado y muerto». Los escribas y fariseos explicaron: «Al hombre vivo que nos disteis, lo vino a buscar Jesús, el que nosotros os dimos, cogiéndolo y salvándolo de nosotros». Y los saduceos afirmaron: «Deben decir la verdad aquellos que proclaman que Jesús ha vuelto de entre los muertos».

En este momento, algunos se pusieron a anunciar la resurrección de Jesús sin vacilar, ya que ellos mismos habían sido testigos de lo que había pasado. La discusión se alargaba y, con el paso del tiempo, aumentaba el barullo hasta que se enfrentaron los unos contra los otros. Los sacerdotes, viendo el tumulto que se había formado, impusieron silencio a ambos grupos y mandaron llamar a los guardianes de José, diciéndoles: «Ahora escucharéis lo que tenéis que declarar acerca de vosotros mismos. Diréis que apresasteis a un hombre y que, al condenarlo a muerte, asumisteis sobre vosotros y sobre vuestros hijos la responsabilidad de su sangre. Después os disteis cuenta de que habíais sido injustos y de que seríais perseguidos por derramar su sangre pura. De esta manera, seréis conducidos ante el sultán y confiscará vuestras casas». Por su parte, los judíos y los saduceos les preguntaron: «¿Y qué es lo que haréis vosotros?, que con calumnias nos habéis acusado de haber recibido un soborno que no hemos recibido». Entonces, los sacerdotes sentenciaron: «Callaos y no repitáis ni una letra de lo dicho; nosotros somos los que os proporcionaremos una gratificación. Diréis que sus seguidores lo robaron por la noche mientras dormíais. Cuando el gobernador oiga esta confesión, nosotros mismos le pediremos que os absuelva». Este testimonio falseado por los sacerdotes es el que sigue divulgándose entre los judíos hasta el día de hoy.

52 Los once discípulos acudieron al lugar en el que los había citado en Galilea, lo vieron y, junto a todas las mujeres que estaban allí, se alegraron mucho. Todos los discípulos se habían reunido el domingo, y cuando por la mañana Jesús llegó a Jerusalén, entró en la estancia superior en la que lo estaban esperando antes de que María y aquellos que habían creído en el Mesías en la cueva del pesebre se pusiesen a rezar junto a su sepulcro. El domingo siguiente se les apareció de nuevo a los apóstoles en la estancia y los acompañó por el camino al cementerio. Pero antes de partir, estando todavía las puertas de la estancia cerradas, verificó a Tomás su resurrección, diciéndole, mientras miraba a los congregados: «Toca mi costado». Al cabo de cuarenta días volvió a certificar su resurrección haciendo que lo vieran.

53 El jueves diez de mayo reunió a los discípulos con las mujeres que habían aprendido con él y subieron al monte de los Olivos. Allí los instruyó con preceptos espirituales, mandándoles que permanecieran diez días en la estancia superior de Jerusalén hasta que les fuese concedida la gracia divina que les permitiría predicar entre los pueblos. Luego subió al cielo, se abrieron las nubes y desapareció. Después de separarse de él, volvieron tristes y llorosos y esperaron allí diez días.

54 La mañana del domingo veinte de mayo, el Espíritu Santo descendió sobre los discípulos concediéndoles el don de lenguas que a tantos socorrería y haría creer.

55 El Evangelio de la infancia, que narra la aparición de Nuestro Señor Jesucristo para invitar a que sea adorado y glorificado, (se terminó de escribir) en griego el sábado catorce de febrero de mil seiscientos de la era de Alejandro (1299 d. de. C.). Lo copió el siervo que espera la clemencia de su señor y el perdón de sus pecados: Isaac ben Abi al-Faray ben al-Qasis al-Mutatabbeb, en la ciudad de Mardin, la protegida. A Dios la gracia y el favor siempre. Amén. Por Dios, el Clemente, el Misericordioso: Dios Santísimo y Todopoderoso, Santísimo inmortal que fue crucificado por nosotros, apiádate de nosotros; Señor, apiádate de nosotros; Señor, apiádate de nosotros; Señor nuestro, apiádate. Tenemos que loarte a ti, Señor nuestro, loarte a ti, Señor nuestro. Apiádate de nosotros.

LV Este es aquel a quien adoramos suplicantes, el que nos ha dado el ser y la vida, el que nos sacó del seno de nuestra madre; el que tomó por nosotros un cuerpo humano y nos redimió para poder darnos el abrazo de su eterna misericordia y mostrarnos su clemencia según su liberalidad, beneficencia, generosidad y benevolencia. A él la gloria, la beneficencia, el poder y el dominio desde ahora y para siempre. Amén.

Aquí termina el evangelio completo de la infancia con la ayuda del Dios Altísimo y de acuerdo con lo que encontramos en el original.